MUJERES LIBRES



Núm. 2

SUMARIO

CULTURA Y DOCUMENTACIÓN SOCIAL

No podemos menos de sonreír al escuchar con qué cándida ternura muchas mujeres pronuncian la palabra democracia. Se diría al oírlas que en esta palabra está contenido todo el sentido de la vida, que es el límite de las cosas, el término de todas las posibilidades.

No intentaremos negar que la democracia ha tenido su hora y ha representado su papel en la historia del progreso humano; pero no podremos aceptar tampoco, como muchos pretenden, que sea una forma definitiva de estructura política, ni aún que no esté ya agotada y, como todo lo muerto, se convierta en un lastre que dificulte el avance que ella misma impulsó.

El nacimiento de la democracia fué ese rebrotar de impulsos generosos, esa revalorización del sentido humano, que periódicamente se repite a través de la Historia cuando las estructuras políticas de los pueblos se anquilosan por un exceso de mecanicismo. Pero la democracia, como todos los sistemas políticos, ha debido recorrer un proceso, describir una parábola—he aquí la imagen exacta—y agotado su impulso, empeñada en mecanizar a su vez las manifestaciones espontáneas de los pueblos, se convierte, por último, en ese obstáculo de que hemos hablado, y que le es preciso a la Humanidad salvar si quiere salvarse.

Y nadie puede decirnos que la democracia no haya superado ya la etapa evolutiva y comience su vertiginoso descenso, en el que siempre está contenido un sentido de regresión. Así vemos cómo cada día tropieza con nuevos problemas—la guerra, el maquinismo y su consecuencia el paro obrero, el intercambio, etc., etc.—, insolubles dentro del área de sus limitaciones políticas.

Y es que la democracia, que se ha titulado a sí misma régimen de libertad, se ha olvidado de asegurarse la libertad propia, dejando en pie lo más sustancial de los antiguos regímenes: el privilegio.

Ya sólo por esto la acusamos de falsedad. En cualquier diccionario hallaremos que «democracia» quiere decir gobierno del pueblo, y la democracia no es, ni con mucho, el gobierno del pueblo, sino el gobierno de una clase. Recientemente—incapaz de llevar por más tiempo el peso de su mentira, ante la violencia con que vienen empujando las lases desheredadas—se ha adjetivado a sí misma y se ha llamado «democracia burguesa».

Es mejor; ya la tenemos desnuda, tal cual es, y entonces nos explicamos perfectamente su incapacidad para resolver determinados problemas, y entonces, también, su nueva modalidad: la regresión. Seguir avanzando significaría poner en peligro los intereses que representa, los del privilegio, y recoge bridas. En un instante no le importa contradecir su obra de un siglo; y así hemos visto cómo en Alemania, en Italia y en otros países, para contener el avance de los pueblos, que la rebasaban, se ha echado en brazos de la reacción. El fascismo alemán ha nacido de la democracia; el fascismo italiano ha nacido de la democracia; el fascismo austriaco ha nacido—pese a su gesta postrera—de la democracia. Ella abrió las puertas del mundo a los «descamisados»; pero cuando los «descamisados» han adquirido conciencia y pretenden establecerse en el mundo, cierra las puertas de golpe, estrepitosamente, y entrega las llaves al fascio, si no se convierte en fascio ella misma de la noche a la mañana.

No le ha importado reducir a cenizas sus famosos derechos del hombre—del hombre, entiéndase bien, que los de la mujer aún no se han promulgado—, y el de asociación, el de huelga, el de libre emisión del pensamiento se han convertido en unosolo: el del pataleo; y esto a solas, donde el vecino, si es amante de la democracia, no se aperciba.

En esos tres derechos citados estaba contenido lo más sustancial de la democracia, si no la demo-

cracia toda; y ¿qué queda de ellos? En España, para no correr más, la Ley de 8 de abril, la de Orden público y la censura de Prensa.

Digámoslo otra vez. Todo régimen político, como toda manifestación humana, obedece a unas leyes biológicas, las mismas que regulan la vida de los seres organizados: nacimiento, desarrollo y muerte. La democracia, como todo sér vivo, llevaba en sí el germen de su propia destrucción: el principio de libertad; ella despertó en las multitudes oprimidas el ansia de liberación y les mostró el camino; lo que no puede hacer es detenerlas en medio de la ruta; las multitudes pasarán sobre sus despojos. El principio de libertad la ha estrangulado. La democracia ha muerto. Se ha cumplido la ley. Sobre su tumba, un epitafio: MENTIRA.

¿Lo habrán comprendido así, al fin, las mujeres de Unión Republicana Femenina? A lo menos, ya han comenzado a exteriorizar su decepción en ese reciente manifiesto en que se duelen del desvío de la República hacia su causa; del desdén de los gobernantes y los legisladores por su actuación, que tuvo una expresiva eficacia en las urnas electorales para los mismos que hoy las olvidan.

He aquí las seis peticiones, todas interesantes, sin duda alguna, que comprende el manifiesto de las mujeres republicanas:

PACIFISMO. IGUALDAD DE DERECHOS. DERECHOS DEL NIÑO Y DE LA MADRE. INVESTIGACION DE LA PATERNIDAD. PROHIBICION DE LA EXPLOTACION INFANTIL. EFECTIVIDAD DE LA PROTECCION A LA INFANCIA Y A LA MATERNIDAD. SANIDAD MATERIAL Y MORAL (certificado prematrimonial y abolición de la trata de mujeres). APORTACION FEMENINA AL MUNICIPIO E INICIATIVA POPULAR.

No negamos el interés de estas peticiones, de ninguna manera; pero tenemos la seguridad de que la lucha por esas reivindicaciones consumirá sin eficacia un verdadero caudal de energías femeninas. Algún día hemos dicho en otra parte que la misión de la mujer no es pedir leyes, sino romper todos los decálogos. Crear una vida nueva y libre. Hacia arriba siempre. Nuestro puesto, como oprimidas, al lado de los oprimidos, y lo que podamos tomar o crear por nosotras mismas no esperarlo, como merced, de nadie.

ALABANZAS AL «METRO» MADRILEÑO

Hay un agujero en cada esquina; en cada agujero un olor distinto... Sin embargo del olor, y sin embargo de las puras esencias aéreas de los viajes en aeroplano, el "Metro" madrileño incita a la fantasía y a un vuelo de pensamiento sobre las bóvedas firmes—digo, me parece—de sus estaciones. Cuando el tren llega a cualquiera de ellas y se para, de cada vagón sale una cabeza oscilante con una gorra azul marino; al poco rato las cabezas hacen sonar un pito y manos fantásticas golpean un cristal con una perra gorda. Otra vez emprende el tren su carrera.

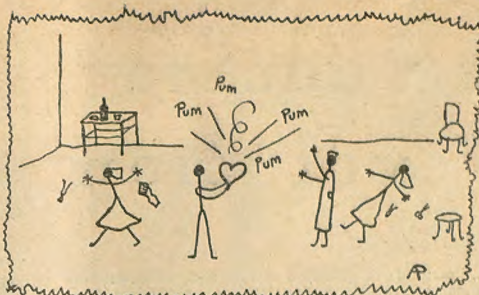
El señor que dobló la cincuentena y arrastra la curva en declive de su existencia y ¡tal vez! de su haber pasivo, reniega de estas cajas con ruedas que corren ajustaditas entre paredes, y le parece más higiénico el tranvía de mulas que dicen que había por Madrid hace unos cuantos años. El empleado, el obrero, todos los que trabajan deprisa, entran en el "Metro" con ansiedad y olfateando. Ponen cara de pena y quizás quisieran poder decir que el "Metro" huele a carbonilla. ¡Pero, no! Nadie sabe a qué huele.

Apenas contiene cada vagón en marcha una sonrisa. Cuando yo estuve en Madrid y viajé en su "Metro" me dolía contemplar las caras meditabundas y serias de los viajeros, y sonreía para animarles. Sin duda, unas veces por ser la hora de la comida, otras por ser la hora de las querellas domésticas que condimentan el tipismo español, se olvidaban y se olvidan de las posibilidades del "Metro". Tiene un secreto: más allá de la estación de término de cada línea, el tren desemboca en un bello país. Cuando se mete en el último túnel, el señor viejo, el empleado y el obrero creen que es para cambiar de vía; pero es para darse un paseo "más allá", por regiones dulces y sonrientes que los viajeros ignoran. Cuando se decidan a invadirlas, se negarán a levantarse del "Metro" y al regreso tendrán una cara feliz. Y por ese agujero de cada esquina surgirán a la calle tonta y plana hombres de vuelta del Ensueño...

New York, 19 de mayo de 1936.

NELLY WHITE

SANATORIO DE OPTIMISMO



UN CLIENTE: EL CELOSO

Buenos días... ¡Buenos días! ¡Ah, es usted, señor visitante! Le atenderé y le daré cuenta de nuestro éxito formidable. Sí, ha sido tremendo, agotador, espantoso. En un mes hemos recibido cerca de dos mil enfermos... Un buen éxito, naturalmente. El primer cliente, agradecido sin duda, nos envió con tarjetas de recomendación cerca de dos mil individuos, hombres y mujeres, que padecían igual enfermedad que él. Era un Celoso impenitente, molesto, fastidioso, pelma. Y detrás de él vino esa nube de cerca de dos mil. No, no son muchos. Es una dolencia de difícil remedio, muy difundida, y cuyo germen todavía no se ha descubierto. Algunos creen que se trata de una bacteria, la "Cellosa Fastidiábilis L"; otros se apoyan en múltiples experiencias para asegurar que el culpable es un hongo: el "Horrorosus Cellum C". ¡Tal vez no sea más que un trastorno de la nutrición!

Pues bien..., ¡si hubiera visto usted, señor visitante! El pobre cliente vino suspirando y quejándose de variados trastornos cardíacos. Puramente imaginarios, desde luego. Estos desdichados individuos se quejan todos de tener el corazón muy grande, demasiado grande, y hablan de buscar compañía que les ayude a soportar el peso del órgano, o una simple camioneta que haga el mismo papel. Nuestro cliente, nada más entrar, abrió las puertas de su pecho y sacó su corazón como si fuera algo importante. Un asco, señor visitante. Aquello olía muy mal; además, no hacía más que despedir humo y lanzar estallidos como si estuviéramos de fiesta. Las enfermeras se horrorizaron. La Risa escapó corriendo; la Ilusión se desmayó dejando caer cuanto llevaba en las manos. El doctor Buen Apetito, que estaba encargado de la consulta, perdió el color. Una calamidad... Además, la Razón chillaba, como loca que está, diciendo que ella sola podía curarle; pero nuestro cliente se asustó nada más ver esa cara fría y seria que tiene...

La intervención del doctor Sueño Feliz solucionó el conflicto momentáneamente. El Celoso cayó en un dulce letargo y, entre tanto, el doctor Amor Humano procedió a saturarle de flúido magnético...

¡Oh, señor visitante; qué pena! No hay luz más miserable que la luz polarizada. Los físicos la estudian como algo extraordinario, pero a mí, le aseguro a usted, me parece una luz estúpida y tacaña, que no mira más que a un lado. Ya sabe usted. La luz corriente y vulgar es mucho más generosa. Es una luz que tiene rayos para todos, que vibra en todas las direcciones; esto es ella sola, sin artificios ni enredos. Pero llegan los hombres, le ponen por delante prismas y músicas celestiales y la polarizan, la vuelven pobre y unilateral, vibrando en una sola dirección. Esto es lo que los Celosos quieren hacer de nuestros corazones y de nuestros cuerpos. Usted comprenderá lo peligroso que resultaría para la civilización que todos nos volviéramos como la luz polarizada. Sería como si no tuviésemos más que perfil. Y sería imposible que un chofer pudiera llevar un "taxi" si sólo tenía perfil; y sería imposible también mirarnos al espejo, asistir a los mítines y hablar por teléfono. No. Nosotros desatamos todas estas cosas y queremos que los corazones vibren ampliamente, sin prismas ni músicas celestiales; y queremos tener algo más que perfil, para poder telefonear a los amigos.

Y otra cosa, señor visitante. Usted imagínese lo triste que es ver un perro atado. Mucho más triste si es un perrito dulce y delicado; sensible, en fin. Usted imagínese lo que serían veinte, treinta mil, ochenta mil perritos sensibles atados. Pues aún es peor si los atados fuesen los corazones humanos y tuviéramos que tenerlos con una chapa del Ayuntamiento y amarrados a la pata de la mesa. No. Hay que curar a esos pobres hombres. Sueño Feliz los tiene bajo su poder. Amor Humano sigue con sus pases magnéticos...

Cuando crean que ha pasado el peligro, despertarán a los pacientes. Los sociólogos dicen que para entonces habrá cambiado todo. Los de vía estrecha creen que en aquel tiempo andaremos con los ojos bajos y una velita en la mano. Los de ancha vía opinan que la propiedad habrá desaparecido y, por consiguiente, los celos, que son su consecuencia, y que no dejan vivir con esa intoxicación del: "¿Donde vas?" y del "¿De dónde vienes?"...

Si ocurre esto último tendremos que trabajar muy poco. Pero si sucede lo primero echaremos a nuestros clientes al cubo de los desperdicios, como una basurita más.

DRA. SALUD ALEGRE

La cuarta revolución

Lutero

A partir de la Confesión de Ausburgo, en la que los luteranos formulan su doctrina, los movimientos fundamentales que han influído decisivamente en el vivir de la Humanidad son, en grandes síntesis, los siguientes:

El protestante, que abolió las jerarquías eclesiásticas y la liturgía en latín, sustituyendo las diversas prácticas del culto por la simple y directa lectura de la Biblia, traducida a las lenguas vulgares para hacerla asequible a todos los creyentes.

Este movimiento protestante, que en forma y expresión no es sino una revolución religiosa, transciende sin embargo en consecuencias de amplio radio social y aun de concreto alcance económico.

Aunque en la última Edad Media las manufacturas y el comercio recibieron un impulso con la emancipación de las comunas y las nuevas vías abiertas al tráfico por las cruzadas, hasta el siglo XV, en que aparece Erasmo con su lema del «honor al trabajo», no se inicia un franco combate contra lo estático de las concepciones canonistas. El día en que Luteró, el gran fraile demoniaco, se rebela contra el monasticismo y el concepto aristotélico de la existencia, sustituyendo la contemplación por la acción y aplicando los conocimientos científicos a la industria, este día se abre una nueva ruta al mundo.

El renacimiento había sido un movimiento científico y artístico, más artístico que científico, germinación tardía de las viejas semillas que aún guardaran de siglos las viejas tierras mediterráneas. Era natural que no aportara nada rigurosamente inédito. Lo nuevo tenía que surgir en latitudes más recientes para la civilización: precisamente en aquéllas que plasmaron la reforma. Y no es casual que coincidan con ésta, en geografía y en tiempo, la imprenta, la brújula, el desarrollo industrial; la reforma une la ciencia y el trabajo, que hasta entonces fueran a modo de compartimentos estancos. Crea la civilización que pudiéramos llamar científico industrial, que ha dado aplicación y efectividad social a la ciencia. En este y otros aspectos, la vida actual se nutre de aquel hondo movimiento revolucionario que tuvo su expresión en la reforma.

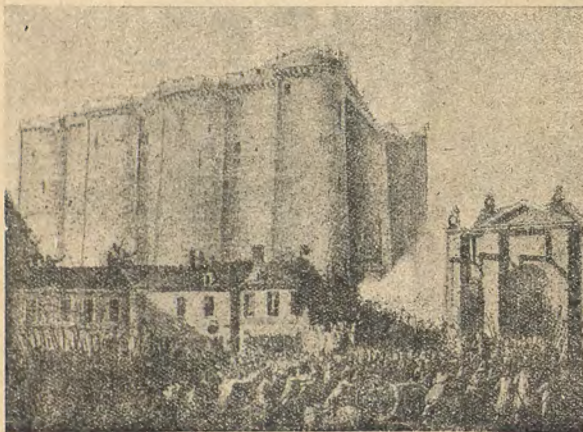
Los derechos del hombre

Pasaron casi tres siglos antes de que la Humanidad occidental hiciese un nuevo alto para rectificar su rumbo histórico. Esta vez, el motivo y, sobre todo, la expresión, fueron de signo político. El escenario, en Francia. Las consecuencias, en el mundo.

A fines del siglo XVIII, la sociedad y el Gobierno de casi todos los pueblos europeos seguían organizados como en la Edad Media. Es decir, había disminuído un poco el poder feudal de los nobles para concentrarse en el poder crecido y absoluto de los reyes. A la opresión política correspondía una opresión económica perturbadora y angustiosa.

En este ambiente de malestar, surge y se difunde la teoría del estado natural de Rousseau, que desarrolla la idea de que todos los fenómenos sociales están sujetos a un «orden natural» y que el interés personal librado a su impulso espontáneo, es suficiente para hallar lo que le es más ventajoso. Teoría resumida en la célebre máxima de Vicent: «laissez faire, laissez passer», que no significa en modo alguno pasividad y fatalismo, sino todo lo contrario, el pleno albedrío para la plena actividad constructora de cada individuo.

En estas teorías de la época, cristalizadas por Rousseau y originarias en gran parte de la embriaguez ingenua y generosa de los derechos del hombre, latían ya muchos de los gérmenes románticos que habían de hacer explosión literaria al cabo de unos lustros. Ya la revolución de la Marsellesa derivó hacia rutas sentimentales, de contenido falso y expresión magnífica. Sus actores eludieron el sentido económico que requería y clamaba la miseria de los «sans culotte»; pero crearon, en cambio, el espíritu pequeño del pequeño propietario francés, que aún pervive, y dejaron una muestra inmortal del sublime rango de sus sentimientos: escribieron para la Historia aquella irreprochable declaración de los derechos del hombre que empieza de este modo: «Todos los hombres son libres e iguales ante la ley»; y para la portada de todas las constituciones democráticas del mundo, los tres vértices del simbólico triángulo: Libertad, Igualdad, Fraternidad.



Pero ante, contra y sobre el triángulo equilátero—geometría perfecta—del derecho político, surgía el hecho económico, con todas sus aristas vivas, implacables, rebeldes a la fórmula mágica.

Y así, la clarividencia sarcástica de Babeuf pudo gritar a aquellos magníficos franceses ebrios de digni-

dad ciudadana: «Cuando tengáis hambre, coged la Constitución y quedaréis ahitos. Cuando tropecéis con la injusticia, recordad, para consolaros, que todos los hombres son libres e iguales ante la ley...»

La utopía comunista y el experimento ruso

Carlos Marx fué ante todo y sobre todo un espíritu realizador que sintió truncados sus impulsos por falta del preciso, del inmediato «qué» realizar. De esta contención forzosa de su capacidad desarrolladora nació su temple, su fortaleza, su obra.

Carlos Marx sabía dónde estaban, quiénes eran los que necesitaban la gran transformación, y conocía por otra parte los medios de llegar a ella. Pero la experiencia le demostró que era imposible conectar por el momento estos dos conocimientos: «quiénes» y «cómo». He ahí el fracaso de su intento de llevar a cabo la revolución en Alemania. Y de esta desilusión brotó el «qué», que los predecesores en quienes se apoyó dejaron inconcreto, dispersa y vagamente formulado. Y así, el gran realizador tuvo que dedicarse a la elaboración de la teoría que su futuro había de poner en práctica. Perdonó al tiempo su injusticia a cambio de dejar articuladas en sistema sus teorías hasta entonces inconexas.

No podía ser de otra manera. No podía avenirse a su fracaso. No podía resignarse, porque era el gran realizador.

Marx nació hombre y nació filósofo. Se hizo economista y se hizo socialista. Reunió todas las teorías dispersas de sus precursores—Ricardo, Rodbertus, Marshall—y las sistematizó, las hizo ciencia. El enorme empeño que puso en su obra derivaba del examen de los resultados de la revolución francesa y de su visión certera de las desigualdades sociales a través de la historia. El permanente afán de Marx fué el de completar y completarse. Más tarde, los marxistas, sus discípulos, le escamotearon sus valores nacidos y se quedaron unilateral y exclusivamente con su concepción del materialismo histórico y del socialismo científico, sistema modificado por las ingentes figuras de Rosa Luxenburgo y Lenin. Este último fué el accionador de Marx y en él recayó la herencia directa del socialismo que vino a corresponderle a Rusia. Pero los bolcheviques han hecho un ensayo de bolchevismo, no de comunismo, que sigue siendo, incluso en Rusia, una utopía. Una utopía a realizar. Y esto porque olvidaron a Marx hombre—condición natural—y a Marx filósofo—condición progresiva—.

La cuarta revolución

La cuarta revolución, nuestra revolución, ha de integrar los avances de las precedentes. Tiene que componer la unidad que supere el fluir humano. Tiene que ser el estímulo generador de otros porvivires. Nuestro pretender de hoy solamente es aún una abstracción, unos conceptos que hay que estructurar en forma humana, realizable.

Pero, ante todo, hay que cegar la mirada fanática, cerrar los ojos en éxtasis, arrancarlos si es preciso para que nunca más vuelvan a abrirse absortos en la espera de apariciones de cromo; para no creer en esa Madre Revolución que nos cobija a todos. No más apariciones mitinescas; no más fantasías de capillita cafetera. A la revolución de frente y en actitud creadora y no de espera. Tenemos que ir por ella. Tenemos que empezar por descubrirla para poder sentirla, razonarla y hacerla. Hay, en fin, que crearla, sin reflejos que limitan y no irradian nuestra propia integral necesidad. Sin espejismos que equivocan, coartan y paralizan. Eliminando las falsas soluciones nominales, las «buenas formas» ilusorias.

Desde ahora mismo podemos prescindir de unas, como «camarada», «igualdad» depurar otras, como «libertad».

«Camarada», «igualdad». Camarada intelectual, camarada manual. Espíritu seleccionado, cultivado, y espíritu embrutecido. Remuneración tipo «x»; remuneración tipo «z». ¿Camarada?... No; no quiero que me «llames» camarada; prefiero que me «hagas» camarada, que me des lo que tu posición, tu capacidad, tu sensibilidad te han permitido a ti y no a mí. Antes que «camarada» he de ser hombre y he de tener conciencia de ello. Sólo cuando tú y yo nos parezcamos, sólo cuando lleguemos a encontrarnos en una posibilidad de coincidencia, sólo cuando seamos camaradas podremos llamarnos camaradas.

«Libertad». Prejuicio burgués, según Lenin. Prejuicio burgués, en efecto, como concepto teórico cuando se posee implícita en la tarea de una revolución. Magnífica holgura creadora si se apoya en base vital: económica, sentimental, intelectual... Si nos deja darnos como esclavos siempre, siempre, a todo lo que sea mejor en relación a nosotros mismos.

Mercedes COMAPOSADA

Aviso a nuestros paqueteros y suscriptores

Por la presente nota rectificamos nuestro aviso anterior a los corresponsales, a los que equivocadamente se les señaló como fechas de liquidación los días del 10 al 15 de cada mes, cuando en realidad debió escribirse del 5 al 10. Esperamos que todos tomen nota, e insistimos en que los pagos deben hacerse mensualmente, por giro postal o telegráfico.

También advertimos a nuestros abonados que aún no hayan hecho efectivo el importe de la suscripción que de no hacerlo al recibo del presente número el próximo se enviará contra reembolso a su cargo.

LA ADMINISTRACION

Problemas sanitarios y maternidad consciente

La maternidad consciente, que hasta ahora no ha salido de un grupo de selectos, debe ser una conquista de la mujer. Pero no comprende sólo la voluntad decidida de procrear, ni el logro de un niño engendrado y nacido en buenas condiciones, sino que se proyecta después sobre la vida de ese niño preparándole para cuando haya de sentir su responsabilidad de procreador.

La maternidad consciente, en el camino de su consecución, toca de cerca infinidad de problemas sanitarios. Hasta hace poco no se alcanzaba la importancia de los mismos y, claro está, no se resolvían. Ahora que ya se alcanza su interés, se resuelven a medias, y gracias. Uno de los procedimientos para encontrar la solución ha sido y es imitar las instituciones sanitarias del extranjero; y así, con gran pompa, tenemos cosas muy bonitas, pero bastante inútiles, mientras se descuidan las ya existentes y se las deja en un culpable abandono. Es mejor aprovechar lo que puede aprovecharse; perfeccionar una serie de instituciones que pueden adaptarse muy bien a las necesidades, a la psicología y la sanidad de nuestro país.

Es necesario hacer una Sanidad para el pueblo; no una Sanidad para los que se lucran con ella, se hacen propaganda por medio de ella y se encaraman sobre ella.

Hay que hacer una Sanidad que evite esos cuadros diariamente vistos con el mismo dolor, de familias que tienen una sola pieza para todos los menesteres de su vida; o que realizan ésta en un corral, teniendo por techo el firmamento y por alfombra un suelo inmundo.

Hay que modificar esos centros, como la Casa de Maternidad de alguna provincia, que expenden leche y mezclas a base de leche a quienes las pagan; y no la sirve, por lo contrario, a las pobres mujeres que, sin poderla pagar, la necesitan urgentemente para sus hijos.

En todo momento debe protegerse al niño. Durante la edad de la lactancia, procurando que su madre pueda alimentarle, ya que la leche de la madre es la más adecuada para el organismo infantil; y cuando esto no pueda realizarse por alguna razón, poniendo a disposición del niño las diluciones lácteas adecuadas a cada caso, o las mezclas y preparados alimenticios necesarios.

A la lactancia sucede en protección un período de tiempo hasta que el niño ingresa en la escuela; período de tiempo por ahora muy descuidado y durante el cual se malogran muchas veces los desvelos que se tuvieron en la época anterior. Durante este tiempo el pequeño debe ser protegido en instituciones apropiadas, para las que las «Casas del Niño» pueden servir de gracioso modelo.

En la escuela, la cantina escolar debe procurar el alimento, y el ropero escolar la ropa y el calzado de que tantas veces carecen los niños. Es necesario que para el individuo, sobre todo para el niño, todo sea hogar en el sentido de que en todos los sitios que frecuente halle una acogida cariñosa y un aspecto de la solidaridad humana que cada vez más sustituye al contenido humillante e injusto de la palabra caridad.

Que el entrañable anuncio del niño sea para la madre una bienaventuranza. Que la promesa de su vida sea para la madre extasiada como la contemplación de un ancho parque con grandes calles donde los niños juegan contentos. En el parque hay grandes diversiones y juguetes y los pequeños disfrutan unos y otros a su placer. Pero también hay peligros y, a lo largo de la vida, éstos son las numerosas causas de debilitación orgánica, de enfermedad, de degeneración humana. Y por esto es necesario velar.

«No sólo en los medios proletarios, que por serlo son también medios míseros y desdichados, sino en otras zonas más tranquilas y confortables de la sociedad actual la atención hacia los problemas eugénicos se ha hecho ya imposible de abandonar. Los problemas de la armonía sexual, de la natalidad ciega, de la descendencia débil y enfermiza; los mil factores de degeneración humana, unos por vicio (alcohol, tabaco, morfina, etcétera); otros, por trabajo, saturnismo, hidrargirismo, etc.), y los que, obedeciendo a intereses no por grandes menos bastardos y repugnantes (guerras), contraseleccionan los reproductores humanos..., todo ello clava la preocupación en la carne viva de todos.»

He aquí que el vigilante de ese gran parque que es la vida infantil tiene que estar muy alerta. Este vigilante celoso es el médico, es la enfermera, es el padre, es la madre, el maestro, el amante de los niños, en una palabra. Es todo el que proyecta su deseo y su trabajo al porvenir y ve la clave de este porvenir en los niños.

Luisa PEREZ BERGANZO

ALGO SOBRE COEDUCACION

De las muchas definiciones que existen acerca de la educación, tengo ahora una a la vista que es, acaso, la que mejor llena las aspiraciones de un buen maestro. Es de Platón, el sabio griego que ya en la antigüedad definió la educación así: «Dar al cuerpo y al alma toda la belleza de que son susceptibles.»

Como fácilmente podremos apreciar, este concepto de la educación encaja en cualquier tiempo o época.

El gran filósofo al reflejar su pensamiento no hizo un apartado diciendo cuál debiera ser la educación de los niños y cuál la de las niñas, sino que, generalizando, expuso con gran claridad cuál debiera ser el objeto de la educación. Luego si, como hemos visto en su definición (y en la de infinidad de educadores), ésta es única para ambos, ¿por qué, si se persigue lo mismo, se ponen obstáculos a que la educación sea en común?

Según unos, la coeducación o educación en común perjudica a ambas partes. A la niña, porque pierde feminidad, adquiere los modales del niño y se vuelve brusca en su manifestaciones; y al niño le ocurre lo contrario: se afemina.

Claro está que estos razonamientos son fácilmente rebatidos, pues no es cierto que nada de ello ocurra, sino que en los sitios donde el sistema de coeducación está implantado (Estados Unidos, Rusia, Suecia, Noruega y Dinamarca) la niña aprende a tratar a sus camaradas desde el primer momento, sin coquetería, teniendo únicamente en cuenta que es un compañero con el cual ha de convivir a lo largo de la existencia. Además, esta niña no se amilana tan fácilmente como las de su edad educadas solamente con muchachas. Claro que esto tiene su explicación. De todos es sabido que el niño es más brusco en sus modales que la niña, y que ésta es más delicada y, por lo general, más ñoña que éste; pues bien, educados en común, estas dos tendencias se contrarrestan y el niño, influenciado por la presencia de la niña, reprime y modifica sus impulsos, a veces brutales, y la niña, en cambio, se hace más fuerte y reflexiva. Además, según los estudios que acerca del niño se han hecho, ésta es más precoz y éste más inteligente y observador; pues bien, si estos niños se educan juntos, al hacer sus trabajos mutuamente se ayudan y, sin darse cuenta, la niña va conociendo el temperamento, carácter, etc., del niño, y éste igual con respecto a aquélla; además, una y otro van adquiriendo una personalidad propia y un desenvolvimiento que en los niños educados aisladamente no existen, teniendo esto un gran valor para el próximo futuro de ambos, pues en las diversas manifestaciones de la vida se han de encontrar (fábricas, talleres, universidades, etc.), donde seguirán desarrollando una labor conjunta.

Hay que tener en cuenta que en la vida diaria niños y niñas, hombres y mujeres, no viven en grupos, divididos por géneros, como ocurre en la casi totalidad de las escuelas de España, sino que hay que volver la vista a la realidad y darse perfecta cuenta de que uno es el complemento del otro, que han de formar una unidad cuanto más armónica más feliz, y esto sólo se conseguirá dando a ambos una educación en común por medio de la cual se conocerán y compenetrarán. Claro que esto se conseguirá por medio de una educación racional, presentando al niño todos los problemas, aun los más escabrosos, con mucho tacto y delicadeza; pero ésta ya es labor del maestro, del cual también habría mucho que hablar, porque el éxito de esta labor no consiste sólo en los niños, sino en la dirección, en el guía espiritual que debe ser el maestro, y si, como por lo general ocurre, éste carece de vocación, mal puede dedicarse a un ejercicio que, necesariamente, requiere un entusiasmo muy grande, pues el trabajo del maestro no termina a la hora de cerrar la clase, sino que ocupa todo el día y parte de la noche.

Es en las escuelas coeducativas donde se hace un verdadero aprendizaje de la vida, donde niños y niñas adquieren una personalidad propia y conciencia de sus actos, y hay que tener en cuenta que los niños de hoy son los hombres del mañana; luego si éstos son hombres conscientes, la sociedad integrada por éstos se desenvolverá dentro de la paz y armonía que anhelan para la Humanidad cuantos sienten hondamente el malestar y la injusticia que ahora padece.

Julia M. CARRILLO

Madrid, junio de 1936.

A nuestros lectores

Estamos satisfechos, y nos place confesarlo. La acogida dispensada a nuestra Revista ha superado todos los cálculos imaginables. Una prueba es que en el presente número ha sido preciso ampliar la tirada en un 75 por 100. Anunciamos a todos que de mantenerse este entusiasmo iremos rápidamente a la mejora de nuestra publicación. La Revista no se debe a nada ni a nadie. Es el producto de nuestro propio esfuerzo y no hemos perseguido con su publicación idea alguna de lucro, sino contribuir a la capacitación social de la mujer con miras a una elevación espiritual de la Humanidad. Consecuentes, pues, con nuestro propósito, todo beneficio en los ingresos se traducirá en mejoras inmediatas o en nuevos planes a realizar con aquel mismo fin.

LA REDACCION
Y LA ADMINISTRACION



Veinte años de psicología femenina a través de una profesión

1

Nació este reportaje de una conversación con mi amiga Isabel Martínez. Hablábamos de los profundos cambios operados en la psicología femenina durante los años últimos. La generación de veinte años atrás estaba más lejos infinitamente de la actual que pudiera estarlo de sus tatarabuelas.

—Tengo la experiencia objetiva de esta transformación—me dijo Isabel—. Tú sabes que llevo veinte años trabajando en Teléfonos; conoces mi temperamento y mi educación y no se te escapará cómo han debido romperse día por día las aristas de mi espíritu contra aquella pasividad bobina, contra aquella resignación erigida voluntariamente en virtud, que era la característica de mi generación.

»Puedo contarte muchas cosas; puedo hacer desfilar ante ti todo un proceso de transformación psicológica, que no dejará de tener interés para un estudio más amplio de estas cuestiones.

Aparte las profesiones propias de nuestro sexo, como se ha dado en llamar a ciertos oficios, la única profesión en aquella época asequible a las mujeres era la telefónica, fuera del marco del puro obrerismo. Y en ella desembocó toda esa miseria vergonzante de la clase media, que tenía a humillación el trabajo femenino y que, al recurrir a él, procuraba exornarlo de doradas apariencias. Pero es preferible dejar hablar a mi amiga.

Escenario y elementos

Era hacia el final de la gran guerra cuando mis dieciséis años desenvueltos y burlones cayeron en la sala de Teléfonos, grande, baja de techo, rodeada como de un biombo por el múltiple, del que, a veces, saltaban a los oídos de las telefonistas verdaderos aguijones en forma de palabras gruesas y «delicados» recuerdos a sus familias.

La primera impresión fué de malestar; al sonar los goznes de la mampara que me dió paso, en unión del jefe de servicio, cincuenta cabezas de mujeres giraron mecánicamente hacia mí; cien ojos femeninos, como lancetas, me hurgaron de la cabeza a los pies. Mi natural espontaneidad murió de pronto; y me estorbaron las manos, que no supe donde poner, y acabé por cruzar a la espalda, y los pies calzados con unos zapatos baratitos, estrenados aquel día y que me hacían un daño horrible.

Todo fué un minuto. Las cabezas, satisfecha la curiosidad, giraron nuevamente, y en lugar de los cien ojos vi cincuenta moños variados en lo alto de cincuenta espaldas uniformes adornadas de un gran triángulo rojo, cuyo vértice bajaba a morir en la cintura, junto a un grotesto lazo del mismo color.

Recobré mi aplomo. Un mosconeo de rezo batía el silencio espeso y blando como una nata; y cuando me entregaron aquella diadema metálica, en uno de cuyos extremos se abría el agujerito redondo del auricular, me sentí tan dichosa como si hubiera descubierto el nuevo mundo.

Prolongación del mundo doméstico

Las tardes de aprendizaje eran interminables. Amarrada al múltiple por el largo cordón del auricular, mi misión era escuchar cómo trabajaba mi «maestra». Las llaves se abrían y cerraban con rapidez: «guapa», «señorit...», «¿3, 4, 5?», «llame otra vez», «comuni...».

Era el mes de julio y por la gran claraboya del techo entraba un torrente de sol que hacía hervir el agua en los botijos colocados a su alcance. En las primeras horas de la tarde había poco trabajo, y las telefonistas aprovechaban el momento para beber. La sed era el único recurso para abandonar dos minutos la alta silla giratoria, potro de tortura durante ocho horas largas.

Se contaban chismes en voz baja y con disimulo, pues estaba prohibido hablar. La encargada—un dragón con faldas aprovechado para ángel custodio de aquel tesoro juvenil—, hay que hacer constar que era reglamentaria la soltería, recorría el salón a lo largo de la fila, haciendo «saludables» advertencias acerca del servicio y del manejo del material, irrenovable a causa de la guerra.

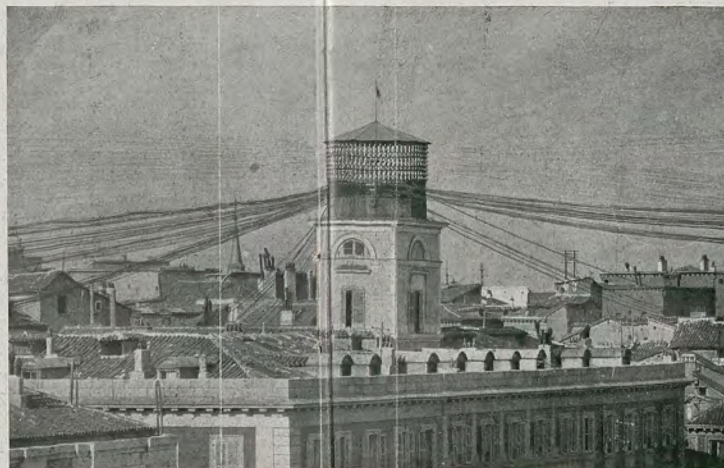
Venía un sueñecito... De pronto la estampita de algún santo «bienhechor» aparecía sobre el «cuadro»—nombre con que designábamos familiarmente el múltiple—; tres o cuatro muchachas se persignaban disimuladamente y comenzaba un rosario; y así uno y otro y otro a lo largo de la fila... «¿Diga?», «Santa María», «comunica», «madre de...», «¿con el 3, 8, 5, 8?».

A las cinco de la tarde arreciaba el servicio; a las ocho de la noche las telefonistas jadeaban de fatiga; los nervios jugaban su papel. A veces una contestación destemplada y media hora más tarde una llamadita al despacho del jefe, que se traducía por dos horas de recargo en la jornada.

La jerarquía social

El servicio se dividía en tres turnos. El primero, de seis horas, por la mañana; el segundo, de ocho, por la tarde; el tercero, de diez, por la noche.

Me asignaron el servicio de noche; diez horas incomensurables, tres de las cuales—no por eso más cortas—las pasábamos en unas hamacas, haciendo que dormíamos unas, mientras nos contábamos secretos en voz baja; roncando otras



sonoramente, como si quisieran disimular el murmullo de la conversación, pues hasta allí llegaba la prohibición de hablar.

Cierta noche, al entrar, me llamó la encargada mayor, especie de capitán general de la telefonía.

—Observe, señorita—me dijo, con una seriedad que me azoró un poco—, que viene usted siempre con la cabeza al aire, y esto no está bien. El señor (aquí el nombre del jefe) me ha indicado que la llame la atención.

La miré sin comprender, cada vez más azorada, y por fin me atreví a insinuarle, cuando ya dirigía sus pasos hacia la puerta:

—Pero..., es que no comprendo...

—¿Cómo?—se volvió muy asombrada—. ¿Es que no comprende que una «señorita»—recalcó la palabra—no puede ir con la cabeza al aire como cualquier modistilla? Debe usted ponerse un velo o un sombrero—. Y dió media vuelta, un poco desdeñosa.

—¡Ah!—me quedé con la boca abierta media hora. Una telefonista era una «señorita», y una «señorita», una jerarquía social.

Adopté el sombrero. Era más cómodo, porque... podía llevarlo en la mano y se salvaban las apariencias. Entonces se me revelaron también otras cosas oscuras. Una, la distancia entre las telefonistas y los operarios, aun cuando estuviéramos en trato constante. Otra, el que todas las «señoritas» fueran hijas de viuda o tuvieran un papá «retirado». Menos no hubiera sido decente.

Soltería y virginidad forzosas

A los pocos días de mi ingreso se me ocurrió embromar a las chicas haciéndolas creer que leía en las rayas de la mano. Salía bastante airosa, aprovechando los chismes que unas y otras me contaban.

Cierta guardia, pasada la media noche, cuando el trabajo había cedido y desplegaba un periódico—único remedio contra el sueño—, una voz misteriosa sonó en mi auricular: «Señorita, antes de retirarse a descansar quiero hablar con usted un momento. Espéreme en el balcón.» Pegué un brinco y miré rápidamente las llaves. ¡Diablo, estaban todas cerradas! El auricular habló de nuevo: «Soy yo, la encargada.» Volví la cabeza. Era ella, en efecto, desde la mesa de observación, conectada directamente con los «cuadros», cuyo secreto acababa de descubrir, y desde la que podía expiar, sin que nos diéramos cuenta, no sólo las incidencias del servicio, sino nuestras propias conversaciones.

La encargada de noche era una mujerota alta, desgarbada, lo que le valía el remoquete de «sargento». Tenía el pelo de zanahoria, la voz baja y ronca y se daba los últimos toques con un holgado hábito del Carmen.

A las tres de la madrugada charlaba conmigo en el balcón:

—¿Es verdad que lee usted en las rayas de la mano?

Me eché a reír con toda el alma.

—Pero si es una broma.

—No, no; quiero que me lea usted el porvenir.

Intenté disuadirla. Inútil. Me rogó, me suplicó; había tal ansiedad en toda su cara, que pude leer cómodamente.

—Un peligro la acecha.

—¿Cuál? ¿Cuál?

—No puedo decirla más; prevéngase.

Pasados ocho días la encargada se dió de baja por enferma; quince días más tarde no se había presentado al servicio, y un poco inquieta, por si hubiera de caberle alguna responsabilidad a la historia de mi quiromancia, pregunté a unas compañeras.

Me miraron con un aire de asombro; luego cambiaron una sonrisa expresiva.

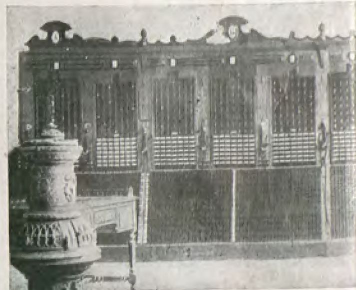
—Ni volverá más—me dijeron. Y en voz baja me contaron esta cosa terrible: Aquel hábito del Carmen... era para disimular; pero el señor... (aquí el nombre del jefe) lo había descubierto y la había llamado a su despacho. En Teléfonos no había más que señoritas «honestas»; allí no podía continuar. Era cuestión de despido fulminante.

Esta pobre mujer iba a tener un hijo, y—¡oh, manes de Santa Ursula!—las «señoritas» adoptaron un aire digno de vírgenes ofendidas.

La primera brecha

Era el año 19. Un día el mosconeo habitual pudo más que el silencio y desembocó en un guirigay que no podía acallar ni la presencia del jefe.

He aquí de lo que se trataba: El personal masculino se había sindicado y exigía de la Empresa unas mejoras económicas y morales a tono con la época. La guerra elevó el coste de vida en un cien por cien, y los trabajadores, en general, habían obtenido algunas ventajas de los beneficios alcanzados al amparo de la neutralidad por las industrias nacionales. Sólo el personal de la Compañía Madrileña de Teléfonos seguía «disfrutando» los mismos sueldos del año 900. ¡Mis dos pesetas diarias; mis veinticinco céntimos de plus por el servicio nocturno!



Los operarios nos invitaron a una reunión para aquella noche en la Casa del Pueblo. ¡La Casa del Pueblo! ¡Ay, el difunto comandante; el papá de Clases pasivas! Las alpargatas eran un vehículo que olía muy mal. Claro que dos pesetas diarias...; pero ¿y la vergüenza de aquella niña que se ruborizaba cuando al salir de la Administración la pobre docena de duros cometía la imprudencia de sonar en el sobre gris?

Por la noche se halló sola entre quinientos hombres. Quinientos hombres con una voluntad única. ¡Magnífico ejemplo! Se me comisionó para que al día siguiente propu-



Jornadas de lucha

Hemos querido para nuestra Revista una voz serena, sosegada, que la haga agente de ponderación en medio de todos los huracanes que barren hoy el mundo; pero no se entienda por esto que nos situamos al margen de las cosas y de los acontecimientos, que nos encerramos en un laboratorio de doctrinas sistematizadas, que pretendemos fosilizarnos, lupa en mano, en un grotesco remedo del "hombre sapiente". ¡Ah!, no, nada de esto; deseamos que nuestro periódico tenga sangre y nervios, sea una cosa viva y estremecida, donde hallan resonancia los afanes cotidianos, el caminar, ya turbulento, de esas falanges femeninas, que en su doble condición de mujeres y explo-

---

siera a las muchachas, en nombre de ellos, la unión, a fin de alcanzar el objetivo común.

¿Asociarse? ¡Ay, el papá «retirado»!... Pero aquellas dos pesetas... Todo quedó zanjado. Asociarse, no; me firmarían unos pliegos autorizándome a representarlas en el Comité de huelga. ¡Claro que no sería preciso ir a la huelga!..., porque entonces...

Trescientas firmas, trescientas, de todas las caligrafías imaginables. ¡Qué estupendos aquellos pliegos, que hacían respetables y responsables mis dieciocho años!

En tal día no pude dormir; pensaba en las hojas llenas de garabatos—mis poderes—, y con la imaginación ensayaba discursos y buscaba palabras elocuentes con que conmover la imperturbable frialdad de los rígidos consejeros telefónicos.

Cuando nos invitaron a pasar al salón del Consejo me miré los zapatos llenos de barro, un poco avergonzada, y súbitamente se me olvidaron todos los discursos aprendidos.

Confieso que era muy amable aquel señor de la barba blanca, que se llamaba algo así como Codolar o Codolá. Me miró con una simpatía que más tarde he podido identificar con la misericordia.

Habló en nombre de todos un compañero rechoncho y bigotudo, que defendió con calor y elocuencia la causa de los operarios. Los tiesos personajes le escucharon con atención, casi con respeto. Me animé; aquella gente estaba bien dispuesta con nosotros. Abrí la boca para hablar.

—Las señoritas...—pude decir tan sólo; me atajó el señor de la barba blanca:

—Señorita, perdón; usted ¿a quién representa?

Me engallé echando mano a la cartera que tenía sobre las rodillas.

—Traigo unos pliegos...

—¿Cómo éstos?—me preguntó, y desdobló ante mis ojos unas hojas iguales a las mías, con trescientos garabatos idénticos debajo de unas líneas que decían: «Declaramos haber firmado coaccionadas por la señorita...»

Me quedé de piedra. El señor Codolar o Codolá tuvo una sonrisa amable:

—Usted no conoce a sus compañeras.

Era todo lo que podían dar las telefonistas del año 19.



Lucía SANCHEZ SAORNIL

tadas han de duplicar sus energías y templar vigorosamente su espíritu si no quiren quedar—pobre despojo humano—sobre las guijas del arroyo.

Abrimos hoy esta puerta al aire vivificante y jubiloso de la calle.

Se constituye un Sindicato exclusivamente femenino en Jerez de la Frontera -:- -:-

Solamente un mes han tardado en agruparse mil quinientas mujeres en el Sindicato «Emancipación Femenina», de Jerez de la Frontera. Conmueve y asombra el hecho. ¡Cuánta ansiedad, cuánta inquietud acumulada sale a la superficie cuando una palabra cordial, un gesto de acogida lo propician!

Magnífica fotografía la que encabeza esta página. Mujeres de Andalucía. Mujeres de aceituna, hermanas de las que retrató Romero de Torres, pero a las que no reconocería Romero hoy. ¿Dónde podría hallar aquel fatalismo que caracterizaba sus creaciones, aquellas actitudes de sibila, aquellas almas inmóviles que miraban con lejanía consumirse el mundo?

No las reconocería Romero en estas mujeres que han echado por la borda todos sus orientales fatalismos, que han abandonado los quicios de las puertas donde él las retratara para zambullirse en un baño de sol y de aire vivificador. Que han dejado de consumirse a fuego lento para convertirse en llamas crepitantes.

Jerez de la Frontera acaso sea el lugar de España donde la mujer se incorpora más rápidamente al movimiento social. Pronto no quedará una sola obrera sin organizarse, nos dicen de allí. En el Sindicato recién creado están representadas todas las actividades femeninas de la localidad. Obreras de la aguja, muchachas de servicio, trabajadoras de bodeguería—embotellado, funderas—, empleadas de comercio, fábricas de precintos, de lápices, lavado de botellas y vendedoras.

Pronto formarán sus respectivas Secciones, y una vez organizado el régimen interior del Sindicato llevarán sus actividades más allá de la lucha sindical, tan lejos como les sea posible, hacia una labor de capacitación profesional y elevación cultural femenina.

Las obreras tejedoras de Mérida sostienen una huelga de veinte días y consiguen notables mejoras en sus condiciones de trabajo -:- -:- -:- -:- -:- -:- -:-

Si os decimos que alguien trabaja por cincuenta céntimos al día—ocho horas—en el año 1936, creeréis que hemos equivocado la fecha o que nos hallamos en una hora de buen humor; sin embargo, entre cincuenta céntimos y una cincuenta oscilan los jornales cobrados—no ganados; de esto respondemos que es bastante más—por las tejedoras de la fábrica Sáinz de Casas, de Mérida.

Esperad un poco, que no está todo ahí. De tan inconcebibles jornales—¿jornales?—se les descuenta el tiempo que para la fábrica por falta de flúido, cuando esto sucede, y los defectos en los tejidos, aunque sean involuntarios, que esto no le importa nada al señor Sáinz, él, que aplica tarifas a su capricho.

Pero estamos hablando en presente, y es preciso aclarar que esto ocurrió hasta los primeros días de mayo, en que las tejedoras tuvieron una ráfaga de inspiración y hallaron la manera de enseñar al señor Sáinz que las obreras de su fábrica eran de carne y hueso como el resto de los mortales y que tenían necesidad de alimentarse y vestirse como los demás; entonces le presentaron unas bases de trabajo, bien modestas por cierto, donde se establecía como jornal mínimo 1,75 y era la escala más alta de 5 pesetas, agregando otros detalles de índole moral muy estimables, a todo lo cual este señor Sáinz respondió con un movimiento de hombros, como el que quiere desprenderse de una pesada carga.

No le valió su desenvoltura; las tejedoras se declararon en huelga y la han mantenido dignamente durante veinte días. Veinte días pródigos en incidentes de todos los matices, pues a causa de la solidaridad prestada a estas trabajadoras por toda la población obrera de Mérida hubo días sin pan para todos, empezando por el propio señor Sáinz.

EL NIÑO SANO

Lámpara maravillosa

El niño sano es una lámpara maravillosa y transparente que deja ver el resplandor hermoso de su luz interior. Ese color delicado de la piel, esa finura del cabello, esa placidez del sueño, esa dulzura y amor de la mirada, no son sino rayos filtrados y esparcidos de la llama vital que arde y arde en sus entrañas calientes y jóvenes.

Llama que se hizo a la más fuerte del amor. Lámpara maravillosa que canta como una lengua incansable, y alumbra de color y sonrisa todo el cariño con que se prendió, todo el anhelo con que se le esperaba, toda la ternura con que se le hablaba a través de la carne...

La salud infantil es sincera, y se revela con franqueza y extensión en todos los órganos y en todas las funciones. Sale por los ojitos hecha rayos tenues e indecisos; se extiende por los dedos torpes, con movimientos desorientados; envuelve como un blando tapiz el cuerpecillo frágil. El niño sano es una lámpara maravillosa...

La vista

El recién nacido, el verdadero recién nacido, en sus primeras veinticuatro horas, no ve. La vida en principio es ciega; nada percibe del exterior, íntimamente atenta a su gran acontecimiento.

El niño es verdaderamente ciego durante el primer día de su vida. Se le acerca una mano o una luz a los ojos y no mueve los párpados ni la cabeza. No te alarmes, mujer; no creas, tal vez, que el niño no sabrá nunca del placer de las cosas teñidas de sol; o de la inefable emoción de los rostros conocidos. No. Al día siguiente ha cambiado todo y el pequeño percibe la luz. Pero todavía, pobrecillo, aprendiz del manejo de su cuerpecito, cometerá graciosas torpezas durante algún tiempo; porque veremos que, a veces, un ojo permanece entreabierto mientras el otro se abre franco y redondo. Que un ojo mira hacia un lado mientras el otro se queda quieto o se desvía en dirección contraria, como un par de caballitos indisciplinados y traviesos. Tampoco te asustes por eso, madre pendiente de todos los gestos pequeñitos de tu niño, de tu amor vivo y renovado, como una palabra escrita para siempre, como un afán materializado, móvil y hecho corazón.

De repente, una viva claridad impresiona al niño y sus ojos se vuelven rápidamente a ella. Pero enseguida los aparta y los cierra, como si la fatiga hubiera sido tan rápida como la impresión. Poco a poco el niñito adquiere poder sobre los músculos que mueven sus ojos; poco a poco aprende el color, la forma, las distancias; y se establece ese acuerdo que ya nunca, en caso normal, se romperá, de la doble flecha de la mirada que sabe entrar y extenderse como un chorro de agua deliciosa, entre piel y carne, hasta las honduras del propio corazón.

El gusto

¡Oh!, aquí el niñito es mucho más adelantado. Prueba, prueba, mujer, con esa cucharilla llena de agua o de té azucarados, y verás cómo adelanta el hociquillo goloso, cómo chupa ávidamente su lengüecilla, cómo abre y cierra los ojos con expresión de agrado, cómo todo su rostro manifiesta el contento que entra por la lengua. El chiquitín trae al mundo, ya aprendidas y enlazadas, la percepción de los sabores gratos y la sensación de agrado con su manifestación expresiva. Pero si, en cambio, le ofreces una solución de quinina o de cualquier otra cosa amarga o ácida, le verás hacer gestos raros, ayudarse de la lengua para expulsar de la boca las gotas introducidas. ¡Qué elocuentes los incipientes gestos de la carita menuda; qué defensa y qué protesta contra lo desagradable!

Muchas veces, cuando se intenta dar al pequeño cualquier sustitutivo de la leche materna, es su sentido del gusto quien le previene de la pequeña trampa que se le quiere hacer, y el nene rechaza decididamente y con tenacidad aquello que no le gusta.

Antes que con los ojos, el niño entra en contacto con el mundo exterior por medio de su boca. Antes de verlas saborea las cosas y ya, sin darse cuenta, las clasifica.

El olfato

El pequeño es, relativamente, torpe de olfato. Torpe, como los somos todos los humanos. De verdad que no puede compararse nuestro poble olfato con ese certero instinto olfatorio de muchos animales, por el que rechazan o aceptan las sustancias que se les ofrecen. Pero considerando toda la agudeza que habrá de poseer este sentido en el resto de su vida, el niñito lo tiene bastante desarrollado. Muy pronto el lactante hace señales de disgusto cuando se acercan a su rostro cuerpos de olor desagradable. Muy pronto—dos o tres meses—vuelve la cara inmediatamente en cuanto percibe el olor del seno materno, ese inconfundible olor cuya animalidad místicamente exaltada conmueve a quien no es, como el niñito, más que todo un Hambre de leche y cuidados; o a quien no es, como el hombre, más que todo un deseo y un ascua viva.

El oído

Sordo, sordo también. Esa vida pequeñita no quiere distraerse, no quiere ver ni oír. Toda la atención está

confusamente plegada, concentrada, en la novedad extraordinaria de su principio.

El oído del recién nacido no funciona. Al nacer está lleno de moco viscoso y es necesario que el aire penetre desalojándolo. Sólo entonces comienza la audición, y esto suele ocurrir durante el primer día y, a lo más, durante el segundo. El pequeñito se estremece de un modo típico cuando se produce un ruido o sonido intenso: todo el cuerpo se agita, mueve la cabeza y se calla si estaba llorando. Cuanto más repentino y súbito ha sido el ruido, mayor es el susto del niño. Pero enseguida, durante la segunda semana de la vida, comienza a desaparecer ese «susto». Al cuarto mes, el bebé normal conoce ya la voz de los padres y la distingue perfectamente. ¡Qué gran progreso para él, y qué gran alegría para ellos, que ya son un primer plano en la psique infantil! Desde muy pronto el lactante es sensible al ritmo musical, y muy pronto también demuestra el agrado que le produce. Dulzura y belleza de la música que se labran la primera senda en el alma humana...

El tacto

El recién nacido es sensible en su piel, y si tocamos ésta con los dedos le veremos hacer movimientos. Al tocarle las pestañas, el chiquitín cierra los ojos. Si el contacto se verifica en los labios o mejillas, el nene vuelve la cara y realiza movimientos de succión. Ya ves, madre; lo hace siempre que se le toca en las mejillas o en los labios, y es un movimiento reflejo. Si tú lo interpretas como hambre, desordenarás sus comidas, le llenarás el estómago a deshora y le causarás un daño probablemente.

Tocando la planta del pie el niño dobla la pierna y extiende los dedos del pie. Sin embargo, esto no es el tacto. El tacto supone una serie de movimientos activos y coordinados por parte de los dedos de las manos. Como ávidos receptores, los dedos se adaptan a las cosas, perciben su forma, su consistencia, su temperatura. «Algo» de fuera, quizá esa «conciencia» vaga que flota sobre todas las cosas, pasa a nosotros a través de los dedos que adaptan su inervación de una manera precisa.

El pequeño es incapaz de esta finura, de esta exactitud; en él no existe, propiamente hablando, un sentido del tacto.

También es muy poco sensible para el dolor. Es verdad que los pellizcos, las temperaturas muy altas o las bajas le ocasionan disgusto; pero a consecuencia de la lentitud con que los nervios transmiten las sensaciones dolorosas, el lactante no reacciona verdaderamente al pinchazo hasta las tres semanas aproximadamente.

El psiquismo del recién nacido

¿Hay una almita en él tan indiferente al bien y al mal? No una almita con alas en la nuca, sino una vida psíquica que denominaremos así: «alma»?

El palacio, la alta torre donde Psiquis reside—cerebro—no está completamente terminado en el chiquitín. Por tanto, habremos únicamente de suponer que en él existen una percepción, una sensación, una representación, una voluntad rudimentarias, discontinuas, semiconscientes, que sólo en el curso del desarrollo se transforman en acontecimientos psíquicos subjetivos. Nos equivocaremos si queremos observar la vida psíquica del pequeño, atribuyendo a su movimientos y a sus gestos la misma significación que tienen en el adulto.

Se equivoca la dulce madre cuando piensa que el llanto desconsolador de su niño indica un sufrimiento «moral», pues el médico asegura que no está enfermo. Se equivoca la dulce madre si piensa que su niño de pocos meses la «conoce» porque instintivamente busca el pecho en cuanto le tiende sobre sus rodillas. No te conoce aún, mujer. No te conoce aún... Pero tú, equivocada ahora, le conociste ya, antes, y le trajiste llena de gozos, y ahí está, niño, luz, honda y flecha...

AMPARO POCH Y GASCON

El crimen consumado

UN POCO DE HISTORIA

Para las almas cándidas—pues todavía quedan—que de buena fe creyeron en las patrañas con que Benito Mussolini intentó justificar su injustificable y bárbaro atentado, como creyeron ver también en la actitud «sancionista» de Inglaterra una protesta humana..., para éstos y para otros muchos queremos hacer un poco de historia.

Rápidamente, como lo exige la limitación de espacio. Pero dentro de esta rapidez, con toda fidelidad, veremos los intereses británicos en Etiopía enfrentarse, poco a poco, con los intereses italianos. No ha sido el afán de civilizar,

ni la necesidad de territorios para la superpoblación que él mismo fomenta lo que ha hecho del dictador fascista un símbolo odioso, como tampoco ha sido un sentimiento de justicia lo que hizo de Inglaterra una potencia ferviente partidaria de unas sanciones que no se han llevado a la realidad.

La razón de esto tiene otro nombre: «interés económico». O, si lo preferís: «ambición».

A lo largo de una serie de Tratados veremos cómo aparece la inquietud profunda de un «interés» a medida que la «esfera de influencia» del contrario crece. Inglaterra e Italia se reparten esta «influencia» sobre Etiopía en el «Protocolo Anglo-Italiano» (1891 y 1894), ejerciéndola Inglaterra sobre el lago Tsana, a cambio de reconocer la de Italia sobre el resto de Etiopía.

Pero Inglaterra se «infiltra» luego a través de la «esfera italiana», y en virtud del «Tratado Anglo-Etíope», en 1902, acerca de los límites del Sudán, consigue que no se permita ninguna construcción que pueda modificar el curso del Nilo Azul, del Sobat o de las aguas del lago Tsana; consigue igualmente, en arrendamiento, una comarca para estación comercial, fijada luego en Gambela, y se reserva el derecho de construir un ferrocarril a través de territorio etíope, uniendo el Sudán a Uganda.

Es Francia quien entra en juego en 1906 y toma parte en el reparto. Pero, una vez más, en este reparto de los «Intereses de las Tres Potencias», Inglaterra insiste en salvaguardar «sus intereses y los de Egipto sobre el Nilo». Este Nilo Azul y este lago Tsana, que le da origen, son una profunda preocupación, pues los algodonales ingleses se riegan con sus aguas.

Y por eso se limita, se pone un valladar al lago Tsana. E Inglaterra, a través de algunos años, va pensando...

En 1919 el Gobierno italiano propone al Gobierno británico su apoyo para determinadas concesiones, a cambio del apoyo británico para la construcción de un ferrocarril que uniese Eritrea con la Somalia italiana. Las concesiones a la nación inglesa eran: el establecimiento de un dique al lago Tsana; la construcción de un camino del lago Tsana al Sudán. Pero el Gobierno británico rechaza la proposición.

Más tarde explica el porqué de su negativa (1925) y vuelve a hablar de la proposición italiana de 1919, mostrando claramente la inquietud por las preciosas aguas del Nilo. Quiere llegar a un acuerdo sobre las bases de 1919, con una nota característica: «Italia no emprenderá nada que pueda influenciar el curso de las aguas del Nilo». Es que el ojo avizor de Inglaterra ve que la concesión del ferrocarril italiano hubiera hecho posible un control por parte de este país, no sólo sobre los afluentes del Nilo Azul, sino sobre el Sobat, uno de los más importantes afluentes del Nilo Blanco, que tiene su origen en Etiopía. Y por eso vuelve sobre las proposiciones de seis años atrás, razonando su rechazo; y por esto vela con ansiedad ante el aumento claro de la influencia italiana.

En junio de 1926 se hace pública, ante la Sociedad de las Naciones, toda la correspondencia de 1919 y 1925 entre Inglaterra e Italia, correspondencia mantenida secreta hasta entonces... Se hace pública por una protesta etíope. La nota etíope de Whitehall está fechada en 16 de junio de 1925 y dice:

«No nos habíamos imaginado nunca que el Gobierno británico llegase a un acuerdo con otro Gobierno respecto a nuestro lago.»

El Gobierno francés había sido excluído de la correspondencia secreta, en virtud de la considerable influencia económica de Francia en Abisinia; y el Gobierno francés interpretó este hecho como un ataque directo a sus intereses y una violación del acuerdo tomado en 1906. Ante la influencia francesa en Ginebra, Inglaterra e Italia intentaron explicar sus intenciones.

Es en mayo de 1935 cuando se desarrolla la última fase de la lucha diplomática y se hace inminente la guerra italo-etíope. Inglaterra hasta este momento, puesta a decidir, se inclinaba por Italia. Pero la oferta abisinia de la creación de un dique en el lago Tsana al precio de un cambio de la política inglesa torció el rumbo de los acontecimientos. Italia recordó el Tratado de 1906, e Inglaterra llevó su política por estos tres aspectos:

1.° Seguridad pública, dada por Mr. Eden, de que su país temía agravar el conflicto y llegar a un acuerdo con Abisinia acerca del lago Tsana.

2.° Mr. Eden ofrece a Roma repartirse Abisinia, pero las ofertas no satisfacen a Mussolini; y

3.° Hay un refuerzo de la política británica en Ginebra y una tendencia marcada a reconocer las conquistas italianas «con condiciones», sin base ninguna. El Gobierno egipcio, a pesar de las manifestaciones de Mr. Eden, obtiene veintiún millones de libras egipcias para proyectos de riegos, que incluían el lago Tsana.

Quedan resumidos, con estas notas, los intereses británicos en Etiopía. Más adelante examinaremos la posibilidad de un próximo conflicto de intereses al oeste del Mediterráneo; y de qué manera el control británico del camino a las Indias está siendo estorbado por las ambiciones imperialistas de Italia.

He aquí un poco de lo que secundan, sin querer y sin saber, esos pobres hombres vestidos de soldados y borrachos de mentiras...

PAZ

CINEMA VALORABLE

ELISABETH BERGNER

El cine, como otras artes, personas y cosas, ha recibido las acciones y reacciones que intensifican, convierten, definen. Como todo existir, tiene una doble historia: la ancestral—la que motivó el engendro de su sér—y la que cuenta sus años de vida. Apareció con sus dos dimensiones, y a base de ellas, ha desarrollado todas las formas del movimiento mudo. Esta primera expresión es la del cine puro, cuya máxima perfección habrá que esperarla en el logro supremo de las sintéticas películas de dibujos.

Su primera reacción, la voz, nos ha dado un cine estático y subordinado. Los paisajes son adaptados a la música; los músculos de la cara, al tono del que habla; los ingenuos, dinámicos y expresivos parpadeos de los ojos son sustituídos por una mirada inmóvil, pasiva.

Toda esta reacción cinematográfica aspira a la tercera dimensión; pretende hallar el volumen que ha de ahuyentar a tantas sombras sensibles y ágiles de sus vidas en planos para sacrificarlas encerrándolas en corporeidad. Intenta que la unidad color-sonido-volumen nos dé la ilusión de lo existente: un teatro falsificado de naturaleza; una pobre copia fiel y exacta de la realidad objetiva. Es el cine profano desplazando al cine puro.

Entre ambos ha surgido otra modalidad que, aunque ecléctica—porque recoge de uno la voz y la lentitud de movimiento y de otro su primitiva espontaneidad y pureza—, aporta, sin duda, su fuerza peculiar e infalible: la intuición. Esta nueva modalidad nos trae una geometría anímica, toda una expresión interna que se autoanaliza para mejor comunicarse con las almas espectadoras; todo el desfile de sentires psicológicos que integran este nuevo arte.

Entre sus creadores se destaca de manera absorbente Elisabeth Bergner, la pequeña y maravillosa judía expulsada de Alemania por el genio valorizador de Hitler, contratada actualmente en Inglaterra y requerida por todos los estudios mundiales. Su magnífico temperamento la hace múltiple de sí misma, distinta en cada momento, intensa siempre. Su expresión es tan poderosa, que consigue variar en instantes su color de pelo, su timbre de voz, hasta su estatura física. En Elisabeth Bergner palpita el núcleo de una red de civilizaciones que se entrecruzan en sus fibras de mujer lejana.

Es la eterna vencedora del eterno Don Juan. Unas veces le domina procediendo aparentemente como él. Otras, superándole. En su última creación—«No me dejes»—, tema que su personalidad ha sugerido a Margaret Kennedy, realiza una impresionante simplificación de su complejo femenino, condensada en las palabras que dirige a su camarada cuando éste se queja de que la inspiración no llega: «No te preocupes, ya saldrá; saldrá lo mismo que nació Tom»—el hijo—.

De tal manera se adueña de nosotros y coacciona nuestros sentimientos, que mientras se la ve es imposible razonarla. Pero ya fuera del cine, nos sentimos tristes, descontentos. Hemos contemplado y nos ha conmovido la insuperable expresión de una actitud femenina que no es la que debe ser, la que tiene que ser. Aquella mujer posee todos los resortes de la decadencia, tan tentadores en muchos aspectos, tan llenos de encanto y de sugestión. Mira hacia el pasado.

Con las inagotables experiencias ensoñadoras de su origen asiático—de las que ella es única víctima—, llega más tarde o más temprano a arrancar el afecto del desdeñoso o voluble Don Juan. Pero es a costa de anular su personalidad individual, a cambio de quedarse retenida en él y para él; a cambio de transfundirse en él hasta dar alma a aquel cuerpo que sólo se ha movido por debilidad e insatisfacción de deseos.

Ella representa el arquetipo de mujer tan cacareado por casi todos nuestros intelectuales, para quienes la característica femenina—su signo—consiste en un puro estar, en una inactividad, sumamente ventajosa para el cómodo definir del varón. Y es que estos intelectuales han perfeccionado su intelecto, pero no sus instintos, que siguen impidiendo que la mujer actúe. Y así estos hombres se empeñan en atribuir a la mujer una índole búdica, estática por fatalidad biológica, que la concreta en «un ser», no en un «irse haciendo», siendo para ellos el ser un término acabado y no, como para nosotros, un devenir cargado de sorpresas vitales.

Elisabeth Bergner, o la síntesis de feminidad que ella encarna, han de encontrar su actuar por mandato de la vida ascendente; han de llegar a una potencia activa singular, no en simetría varonil—repetición que equivaldría a negarse otra vez—, sino infundiendo en el nuevo existir de la nueva mujer todos los pigmentos rigurosamente femeninos.

M. C.

*

Invitamos a un enérgico pateo contra algunos "explicadores" de noticiarios que cultivan un astracán pornográfico del género más chabacano al comentar ciertos documentales por los que desfila el misérrimo vivir elemental de algunas tribus exóticas.

(Termina en la pág. siguiente.)

Estética del vestir



ESCOTES

La moda, ya generalizada, de los vestidos sin escote tiene una explicación: da un aire juvenil, evita la aparatosidad de los escotes amplios, tan característicos de esas señoras opulentas de antes de la guerra.

FALDA CORTA Y FALDA LARGA

Ni la falda corta ni la falda larga deben recomendarse como regla general, y mucho menos como moda. Depende del tipo peculiar. Es curioso observar que la falda corta da una cierta gracia a las muy altas y a las francamente pequeñas. A las primeras, porque acorta la figura; a las otras, porque presta a la silueta una brevedad aniñada.

COLORES

Tampoco hay que seguir reglas generales para los colores. No vale decir azul para las morenas, negro para las rubias. Una persona no es simplemente morena o simplemente blanca. Cada piel tiene su pigmentación particular, y "hace bien" que el color del vestido guarde una relación que acentúe en unos casos y atenúe en otros el matiz de esa piel.

Los colores chillones, los muy fuertes, si están mal empleados contienen un desacuerdo y dan rigidez y antipatía a quien los lleva. Sin embargo, en algunos casos, por contraste, pueden resaltar de manera oportuna cualquier expresión de la gama peculiar de cado mujer.

LIBROS

Feria del Libro en Madrid. Benemérito esfuerzo del altruismo editorial en pro de la cultura «para todos».

A precios tan asequibles como 25, 15 y 10 pesetas.

El «para todos» ha quedado distribuído en tres secciones: una dedicada a la cultura de la futura ama de casa—novelas rosa— y de la ya lograda ama de casa—libros de cocina—; otra, al obrero. Las veinticinco pesetas, gracias a la rebaja excepcional, quedan reducidas a veintidós cincuenta. Consecuencia: el obrero, ni con Feria del Libro puede pasar del a, b, c. Del «A, B, C del Comunismo». Otra sección, en fin, dedicada al niño. Aquí se podía esperar algo nuevo y renovador para la gran fantasía en potencia de los niños; pero sólo se ha visto la menguada fantasía de los mayores. Nada. Calleja y siempre Calleja.

Alejandra Everts. «El Greco». Prólogo de Gregorio Marañón. Ediciones «Cruz y Raya».—Tres pesetas.

«Cruz y Raya» acaba de editar un ensayo sobre «El Greco», de la pintora y escultora griega Alejandra Everts. Esta mujer, que posee una sensibilidad profunda y exquisita, ha penetrado en el porqué, en el qué de «El Greco». Se ha desprendido de su propio arte, ha desdeñado sus conocimientos técnicos para mejor llegar al secreto. Y lo ha descubierto: «"El Greco" es el hombre a quien el tiempo no impidió ver la eternidad.» Más aún: adentrándose en Castilla, ha sentido su complemento de la misma manera que lo debió sentir su compatriota. «El Greco»— nos dice—, al quedarse en Toledo lo encontró todo: luz diáfana, horizonte, todo. Todo menos la mar multisonora. Esta la llevaba él; era él mismo y, al verterse en sus cuadros, la verticalizó por el recio ímpetu del espíritu castellano. Ondulaciones en llamas, en piernas; ondulaciones siempre, unidas a la rectitud de las almas.

Para Alejandra Everts no hay misterio. «El Greco» inundó de Mediterráneo a Castilla.

Publicaciones recibidas

«Liberación», Barcelona, mayo.—«Estudios», Valencia, junio.—«Nueva Cultura», Valencia, junio.—«Salud y Hogar», Madrid, mayo.—«Tierra y Libertad», Barcelona.—«Avance Marino», Pasajes.—«Más Lejos», Barcelona.—«Presencia», Cartagena. Organo de la Universidad Popular.

En esta Sección daremos nota de los libros que se nos remitan dos ejemplares, y nos ocuparemos con alguna extensión de aquellos que, a nuestro juicio, lo merezcan.

Puede admitirse la pornografía como exponente de euforia juvenil, de ímpetus sanos, de aspectos optimistas; pero resulta inadmisible y repugnante pretender deducir efectos pornográficos y malicias obscenas del espectáculo de unas pobres mujeres agobiadas por una vida primitiva, a quienes sorprende la cámara en el duro trabajo habitual y cuya desnudez no puede tener otro significado que el de una costumbre llena de inocencia y naturalidad.

Esta actuación de los Ramos de Castro y compañía merece, no las risas estentóreas con que los premian y estimulan los espectadores de las salas de lujo, sino una protesta clamorosa y unánime que sea como un desagravio al sentido humano y al buen gusto.

COMITÉ DE REDACCION:
Mercedes Comaposada Guillén
Amparo Poch y Gascón
Lucía Sánchez Saornil

Madrid.-Paseo de Santa María de la Cabeza, 26

Precio de suscripción:
España, Portugal y América.
Semestre, 2,40. Año, 4,80
Para el extranjero añadir
importe del franqueo.

40 céntimos

Gráficas Nacional
Abascal, 4. Madrid